

Tales exageraciones en punto á vituperar son tan dañosas como lo fué en otro tiempo, en el terreno de la moral, aquel rigorismo implacable llamado estoicismo y jansenismo. Conocidos son sus estragos.

Para evitar ambos excesos, jamás debemos olvidar que, en aquello que á la vida práctica se refiere, trátase siempre únicamente de la perfección posible y realizable. Y, para no perder de vista esa necesidad, conviene siempre mirarse á sí mismo, y no olvidarse de la propia debilidad, en fuerza de fijarse en la de los demás.

8. Labor que corresponde á nuestro tiempo.—Las consideraciones que acabamos de hacer señalan al apolo-gista el camino que debe seguir, si quiere entender, en su exposición, la flor del Cristianismo: la perfección.

Fuera perder inútilmente el tiempo, pretender defender al Cristianismo, porque no le basta con la fe, ni con la ciencia muerta, ni con las acciones á medio hacer. ⁽¹⁾

Otros pueden darse por satisfechos con tener las palabras de la Biblia; por lo que á nosotros toca, sabemos que el Maestro nos reconoce tan sólo como suyos, si practicamos su enseñanza, ⁽²⁾ y que nos exige el ser justos hasta el último óbolo. ⁽³⁾

Por eso la obligación que incumbe aquí al apolo-gista está en exponer primeramente á fondo la doctrina cristiana tocante á la perfección, defenderla contra erróneas interpretaciones, y luego trabajar, mediante la palabra y el ejemplo, en hacer que se practique.

Todo buen libro ascético es también una apología de la vida cristiana, y eso por dos razones.

Primero, porque, como dice Zöckler, «el ascetismo y todos los medios para llegar á la virtud, hasta la vida religiosa, son partes absolutamente esenciales del sistema ca-

(1) ¿Se habrá pensado bastante en la fuerza demostrativa ó apologética que resulta de las grandes obras de la ascética cristiana? ¿En dónde se ve nada comparable, p. e., á los libros de Monseñor Gay, Sauvé, Faber, Edelin, y otros mil?—N. del T.

(2) Matth., VII, 21 y sig.; Joan., XII, 47.

(3) Matth., V, 26.

tólico eclesiástico, y como tales, indispensables y esenciales al Cristianismo vivo». ⁽¹⁾

En segundo lugar, porque refuta del más elocuente modo la odiosa acusación dirigida á la Iglesia, de que se vale de la religión y de la moral únicamente por política, para educar gente abnegada y dispuesta para la pelea, mas no en cuanto al interés moral de la cristiandad, y que por eso no se la ve nunca luchar contra la literatura inmoral, ⁽²⁾ contra la mala prensa y contra el alcoholismo. ⁽³⁾

Ante tales acusaciones, con el mayor placer aceptamos la ruda tarea de un Jeremías, repitiéndonos estas hermosas palabras del Dante:

«En mi viaje al cielo, aprendí cosas que resultarán duras para muchos, si me atrevo á repetirlas; mas, por el contrario, si soy amigo cobarde de la verdad, temo no hallarme entre aquellos para quienes el tiempo presente será el antiguo tiempo. Mas en tanto que yo así hablaba, respondióme una voz: «Las conciencias que tengan faltas que echarse en cara, ó que se avergüencen de las de sus amigos, hallarán ásperas y desagradables sus palabras; no obstante, sin variar nada, manifiesta entera tu visión, y deja que se rasque aquel á quien le pique. Si tus revelaciones no halagan el gusto en el primer momento, dejarán fortificante substancia en quien no recele con ella alimentarse. Tus clamores serán esos huracanes que azotan á las más elevadas montañas, y no reportarás escasa gloria de tu valor». ⁽⁴⁾

Sí, era también un apolo-gista, y apolo-gista distinguido, aquel que en el desierto exclamaba: «Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos. No intentéis decir en vuestro interior: Tenemos á Abraham por padre; pues yo os digo que de estas mismas piedras, Dios puede hacer

(1) Zöckler, *Ascese und Mönchtum*, 627.

(2) Para que tal necedad no pudiera creerse, basta con haber leído las hermosas Conferencias sobre el Arte, dadas por el R. P. Felix, y el libro de Pastor y Aicart, sobre la novela naturalista.—N. del T.

(3) *Evang. luther. Kirch. Ztg.*, 1897, p. 1044.

(4) Dante, *Parad.*, XVII, 115-120; 124-135.

hijos de Abraham. Ya su mano sostiene el harnero; va á limpiar su era. Preparad el camino del Señor; aplanad sus senderos. Todo valle se colmará, toda montaña y toda colina abajaráse; los caminos tortuosos haránse rectos, y allanaránse los escabrosos». ⁽¹⁾

Sí, este otro era también un apologista, y no pequeño, ni mucho menos, aquel que hacía resonar en las tumbas de los corazones el siguiente llamamiento: «¡Dormilones, arriba! ¡a trabajar! ¡Muertos, resucitad! Pues he aquí lo que dice el Señor Dios de los ejércitos: «Esperad un poco, y conmoveré los cielos, la tierra, el mar y las naciones todas». ⁽²⁾

Hallámonos en vísperas de grandes acontecimientos. Tiemblan ya los cimientos de la tierra; sienten que se acerca el Señor que viene á ejercer su juicio. ¿Ese juicio será el último? Nadie lo sabe; mas poco importa. Será grave y severo.

Créense muchos grandes y prudentes, al reírse de tales palabras. Esto prueba tan sólo que los espíritus á quienes dirigíase Jeremías nunca faltarán, que siempre será necesario un Jeremías, y que, no obstante las burlas todas de que pueden ser objeto, cumpliránse sus palabras como en otro tiempo cumpliéronse las del profeta de Israel.

Por otra parte, ¿requiérese una revelación sobrenatural para entenderlas? Dejando á un lado á los esclavos embriagados de voluptuosidad, ¿encuétrase hoy un solo hombre en el mundo que se halle á gusto dentro del estado actual de cosas, y que no se diga: «Eso no puede continuar así?»

Laméntase todo el mundo, todo el mundo hace planes para evitar la temida catástrofe, y para preparar mejor porvenir. Las almas hállanse bajo el peso de una sobreexcitación tal, de tal inquietud y de tal precipitación, que ese solo espectáculo nada tiene de tranquilizador. Cuanto procede de antiguas tradiciones, nada vale. Necesario es

(1) Matth., III, 2 y sig. Luc., III, 4 y sig.

(2) Agg., II, 7, 8.

renovarlo todo de arriba abajo: la ciencia, el arte, la política, la vida social, la filosofía, la moral, la teología, el derecho, la misma vida cristiana.

Y todo eso, pretenderíase mejorarlo por medios puramente exteriores, valiéndose de la política, de la diplomacia y de vacías declamaciones.

En este caso, los remedios propuestos resultan peores que la enfermedad. Dejan ver claramente lo profundo del mal y lo agudo de los dolores por él causados. Mas precisamente son ellos quienes lo hacen más agudo y más incurable.

Ese mal proviene de la debilidad de la vida interior de la humanidad, de que hasta se halla á punto de desaparecer. Y ese mal no se cura con paliativos, sino haciendo renacer la vida espiritual en el mundo.

Pudiéramos siquiera abrir los oídos de nuestro corazón al llamamiento de Dios, á este clamor que sólo él señala el camino de la salvación: «Renovaos en el espíritu de vuestra inteligencia, y revestíos del hombre nuevo, creado según Dios en una justicia y en una santidad verdaderas». ⁽¹⁾

No poniendo nuestra confianza en medios profanos, ni apoyándonos en el frágil sostén del favor popular y de la protección á tan alto precio comprada de los poderes de la tierra, ni haciendo prueba de una obsequiosidad servil respecto de la pública opinión, ni aprobando la conducta del mundo, ni acomodándonos al espíritu de la época, hallaremos la salvación. Eso desea el mundo; y precisamente por esa razón nos lo aconseja. Lo único que teme es la fiel adhesión á la Iglesia y á los principios sobrenaturales.

Debemos, pues, ante todo, entrar en nosotros mismos, tener conciencia de las fuerzas sobrenaturales que Dios depositó en nosotros, y servirnos de ellas sin vacilar un instante.

Necesario es defender la fortaleza de la fe contra la nueva táctica de un saber del cual se abusa. No podremos

(1) Eph., IV, 23, 24.

resistir el ataque de todos los poderes reunidos, como no sea olvidando las discusiones de escuela y de partido, renunciando á nuestro propio entender, agrupándonos bajo la bandera eternamente victoriosa de una Iglesia común, y adhiriéndonos con fidelidad y desprendimiento mayores que nunca al foco de la vida cristiana, á la silla de Pedro. Nada podría mejor contener los peligros de la angustia social, que las armas de las virtudes cristianas, de la abnegación personal, de la justicia, de la caridad. Y, contra el torrente devastador de la inmoralidad que amenaza con sumergir las bases todas del orden público, de la disciplina doméstica, de la educación, de la fe y de la vida cristiana, un solo dique puede aún resistir: la santidad.

Lo que nuestra época necesita ante todo, por no decir la única cosa necesaria, son los santos, grandes santos capaces de inspirar el convencimiento y de atraer á los demás. Y de no ser santos, por lo menos hombres nuevos completos, verdaderos cristianos, interiores, perfectos.

9. Lo que más necesitamos actualmente.—Mas al escribir estas líneas, no podemos evitar un sentimiento de dolorosa tristeza.

Para obligar al mundo á que acepte la tarea más conforme á sus actuales necesidades, es decir, para obligarle á que aspire á la perfección, necesario fuera presentársela tan bien, que por ella se entusiasmase.

Supuesto eso, ¿quién se atrevería á lisonjearse de poder conseguir eso? Solamente un nuevo Juan Bautista sería capaz de hablar con suficiente energía para lograrlo. ¡Si solamente el Dios misericordioso quisiera suscitar servidores que cumpliesen la misión sublime de predicar en el desierto, con la santidad de un Jeremías, de un Bautista ó de un Pablo!

¡Ay! es una de las pruebas particulares de nuestra época, el que no nos dé Dios hombres extraordinarios, santos. ⁽¹⁾ Con frecuencia viéronse días tan sombríos, acaso

(1) Respetando ese juicio del sabio autor, no llevamos tan lejos como él esa triste idea. La Iglesia es madre fecunda en santos.—N. del T.

más sombríos aún que los nuestros. Pero Dios no dejaba de enviar entonces hombres escogidos, y en crecido número. Actualmente, nos ha negado ese consuelo. Los santos enmudecen. El cielo hase tornado silencioso, como si el último de los siete sellos fuese á romperse. Esperemos que tal silencio no llenará sino media hora, como dice el Apocalipsis. ⁽¹⁾

Entre tanto, mejor harían en callarse, y en pensar en sus propios defectos, los mismos que hablan. Pueden, no obstante, hacerlo, si comienzan por confesar sus faltas y por decir con el poeta:

«¡Oh! Dios grande y fuerte! Si he lastimado con una sola palabra el honor de tu santidad, no apartes de mí tus ojos. No puedo, ciertamente, hablar dignamente de ti, mas considera por lo menos mi buena voluntad. Más brillante eres que el sol; mis ojos serían tan penetrantes como los del águila, que descansó antes de ahora sobre tu pecho, pero el abismo inmenso de tu santidad, aun sería sobrado profundo para ellos». ⁽²⁾

10. La salvación para los tiempos presentes hállese en volverse al Cristo.—He ahí duras palabras que empezamos por aplicárnoslas. Mas, por imperfectos que seamos, abrigamos, sin embargo, la certidumbre de haber indicado, en las páginas que siguen, el remedio para las llagas de nuestra época, exhortando á la perfección cristiana.

Con frecuencia pregúntase actualmente lo que San Pablo haría si volviese en medio de nosotros. Sin duda alguna que repetiría lo dicho mucho tiempo ha: «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y eternamente». ⁽³⁾

Si Juan Bautista, Henoch y Elías volviesen, nos indicarían, como en otro tiempo, Aquel que vino largo tiempo ha, y que vendrá de nuevo, esto es, Jesucristo. ⁽⁴⁾

(1) Apoc., VIII, 1.

(2) Vintler, *Blumen der Tugend*, 10, 140 y sig.

(3) Hebr., XIII, 8.

(4) Act. Ap., XIX, 4.

La causa de la miseria del mundo y de nuestra debilidad está en que para todo hay lugar en nuestro corazón, menos para Aquel que para sí lo hizo. Los zorros de la prudencia de la carne tienen en él profundas y sinuosas madrigueras; los pájaros de la vanidad y de la frivolidad tienen en él sus bien calientes nidos. Únicamente para Jesucristo nuestro Salvador no hay en él el más reducido espacio. ⁽¹⁾

Así, pues, ¿a qué decir más tocante á ese asunto? Tenga el Salvador suficiente lugar en nuestro corazón para vivir en él y reclinar allí su cabeza, y nos hallaremos en el camino que á la salvación conduce.

Si necesario nos fuera resumir en dos palabras cuanto el mundo necesita para salvarse, bastaríanos con repetir lo que dice el Apóstol: «Os ruego que no os dejéis desalentar en las aficciones, sino que Jesucristo viva en vuestros corazones por la fe, para que, arraigados y establecidos en la caridad, podáis comprender con todos los santos cuál sea la latitud, la longitud y la profundidad del amor de Jesucristo, y que de esa suerte resultéis henchidos con toda la plenitud de Dios». ⁽²⁾

(1) Gregor. Magn., *Moral.*, 19, 2.

(2) Eph., III, 13 y sig.

PRIMERA PARTE

LA MÁS ELEVADA EMPRESA MORAL DEL HOMBRE

CONFERENCIA PRIMERA

LA MÍSTICA NATURAL

1. **El Cristianismo es una Revelación nueva, sobrenatural, que procede de lo alto.**—La crítica incrédula, la pretensa historia de las religiones y de los dogmas, hasta debiéramos decir, quienquiera que se precie de hallarse á la altura de la época, no se cansan de afirmar que la Revelación cristiana no debe y no puede considerarse de otro modo que todo acontecimiento ordinario de la civilización puramente humana. «Por otra parte,—añaden los representantes de esas ciencias nuevas,—sus pretensiones limitanse sencillamente á que se la mire como un progreso que, en su tiempo, fué inmenso, pero que más tarde debió dejar puesto á progresos de mayor importancia». ⁽¹⁾ De hecho, no es más que el natural y necesario resultado del desarrollo intelectual de la antigüedad, por decirlo así, el precipitado de la atmósfera que se había extendido sobre el mundo pagano, en el siglo primero de la era cristiana. Quien no admita tal principio, que es el punto de

(1) Tocante á la difícil tarea del estudio comparativo de las religiones, véanse el libro, clásico en la materia, del ilustre Abate de Broglie, el voluminoso tomo del P. Juan Mir y Noguera, y la colección de la sabia *Revue des Religions*, que, desgraciadamente, dejó de publicarse.—N. del T.